

¿Valioso por diferente?

(*Diario de Navarra, 12. 09. 2003*)

No estaría bien despedirse de tan fieles lectores sin recoger un reciente comodín del pensamiento que se cree progresista, algo de presencia obligada en toda conversación como mandan los cánones. Me refiero a ese tic por el que lo diferente o diverso es bueno, a ese tópico de que la discrepancia o el desacuerdo siempre nos enriquece. Son torpezas no sólo tontas, sino peligrosas.

Lo diverso es *diver*

Su versión estética se resume en que “el mundo sería muy aburrido” de otra manera, o sea, como entre los humanos desaparecieran las diferencias y predominara el acuerdo. Se decreta entonces que la distinción y el disenso han de imperar sobre la unidad y la comunidad; al no marcarse límite alguno, se diría que la bronca nos hace más felices. Ya no hay que denunciar el error, que ha de ser entendido tan sólo como un punto de vista peculiar; en realidad, mejor sería abandonar la búsqueda de la verdad en pos de lo diverso, o sea, de lo divertido. Así quedamos dispensados del menor esfuerzo intelectual y crítico, sea como creadores o como espectadores. Al fin y al cabo, lo que más vale es la espontaneidad de cada cual, algo que los maestros deben azuzar en sus alumnos y respetar como su primer mandamiento; lo que cuenta sobre todo es llegar a expresarse, aunque nos expresemos como unos zotes. En consecuencia, la pregunta por el valor de una obra o el mérito de su autor han perdido su sitio, porque lo crucial es que esa obra nos divierta y que su creador se lo haya pasado bien al plasmarla.

Todo cuanto introduce contrastes, al parecer, nos alegra la vista y la vida. Acabamos por aprender que una receta culinaria mejora en cuanto aumentemos el número de sus ingredientes, al margen de su sabor o rendimiento proteínico, o que el interés de un producto artístico reside en la variedad de sus elementos, más allá de su armonía, medida o ritmo. Alguien ha decidido que el caos es más hermoso que el cosmos. Dejemos, pues, al ignorante en su preciosa condición o al sinvergüenza en la suya: por mucho que pudieran irritarnos, cada uno a su singular manera contribuye a agrandar la belleza de este mundo.

Ni mejor ni peor, sino sólo distinto

Como lo miremos en su vertiente moral, el comodín de marras no es menos comodón y nefasto. A partir del hecho indiscutible de la diversidad de tablas de valores en las sociedades actuales, del ideal de tolerar como un derecho -dentro de límites irrebables- su existencia y reconocimiento social, muchos deducen a toda prisa el ideal moral de la diversidad misma. Se viene a consagrar que todo lo diverso es valioso, e incluso igual de valioso, y que lo es, no por ser bueno, sino nada más que por ser diverso. Lo otro, sea lo que fuere, merece aplaudirse por su pura otredad, lo mismo da que se trate de algo celestial o criminal. Es más que probable que por ese camino lleguemos a la justificación de lo monstruoso, pero lo seguro es que nos deja en la impotencia acrítica ante cualquier conducta o proyecto que nos parezcan indeseables. Basta que se presenten como elementos necesarios de una interpretación personal de la existencia (pues lo que importa es “ser uno mismo”) o como genuina expresión de alguna idiosincrasia colectiva (porque hay que “preservar las señas de identidad” de nuestro pueblo).

Acabemos, pues, con esa fea propensión a emitir juicios de valor morales y, menos aún, a establecer alguna escala valorativa para ponderar personas o situaciones. Ahora toca más bien acostumbrarse a la biensonante tararira de que tal o cual conducta o creencia o modo de vida “no es mejor ni peor que otra, sino simplemente distinta”. Tranquilos: todas las comparaciones son odiosas y no debemos admirar ni censurar a nadie, porque nadie es más ni menos que nadie; no caigamos en el vicio nefando de la discriminación. A ver quién es hoy el guapo que confiese perseguir la excelencia moral o se atreva a juzgar, en pro o en contra, el comportamiento ajeno. La banalización del bien va en paralelo a la banalización del mal.

Bendita sea tu pureza... cultural

Pero es bien sabido que tópico semejante funciona asimismo en clave política e inspira la tesis central de ciertos multiculturalismos y otros torpes relativismos de nuestros días. Una vez más, que las instituciones, costumbres o concepciones de las gentes no son valiosas por lo que como tales tengan de apreciable con arreglo a algún baremo común o que valgan unas más y otras menos según resulte de su análisis racional; son valiosas nada más que porque son distintas. De suerte que ya no se trata de marcar diferencias de valor entre ellas, sencillamente porque el valor único, y por lo general supremo, está en la mera diferencia. En resumidas cuentas, todo vale en el seno de cada cultura y todas las culturas son igual de estimables. Ponerlo en duda suena hoy a dogmatismo de iluminado o a vanidosa prepotencia de nuestra civilización occidental.

Las aberraciones teóricas de todo esto son tantas como las aberraciones prácticas que encubre, alienta o justifica. De ahí se nutre lo “políticamente correcto”, que nos pide prestar la misma atención al poeta local que a Shakespeare, igual reputación al brujo de la tribu que a Severo Ochoa, idéntica valía a la composición de la Quinta Sinfonía que al lanzamiento de la rabiosa. Y esto que arraigó hace unos años en las Universidades norteamericanas, arraiga hoy en los patios de nuestros colegios y, seguramente, en la mayoría de sus honrados profesores. Es una de las plagas sembradas por la Antropología del momento. Y como la pureza de las culturas habría de conservarse incontaminada y su mestizaje ser condenado, nuestras sociedades han de convertirse en un mosaico de etnias yuxtapuestas y prácticas cerradas entre sí, cada una dotada de derechos previos y superiores a los individuales. Adiós al sentido de ciudadanía, puesto que lo natural debe prevalecer sobre lo civil, lo propio de unos pocos sobre lo común de todos y, en definitiva, la comunidad de la sangre sobre la comunidad de la ley. Adiós también a la verdadera cultura universal a fuerza de venerar las culturas particulares

Todo indica asimismo que los nacionalismos étnicos se asientan en ese tópico sobre el valor sagrado de la diferencia y extraen de él sus afanes soberanistas. Estamos ante una verdad a medias. Pues -al menos en sociedades cultural e ideológicamente plurales- el empeño que pone el nacionalista en exhibir hacia fuera, hacia el Estado, la presunta diversidad que justifica sus derechos a la secesión... sólo es comparable a su tesón en disimular o reprimir todas las diferencias dentro de su propio territorio y en construir así la homogeneidad soñada. Y es que su diversidad civil contradice su pregonada y particular diversidad nacional. Pero es la hora del regreso de las tribus y, si no se tienen, habrá que inventarlas.

